

CANTO OCTAVO.

Estado que guarda el Anáhuac por la guerra.—Los invasores atacan la gran Tenochtitlan para destruirla.—Táctica que en su defensa emplean los mexicanos.—Ultima proposicion de paz, rechazada por Cuauhtemoc.—Aniversario de la *Noche Triste*.—Asaltan la ciudad los invasores por diferentes puntos.—Logran llegar al canal de Tlatelolco.—El pueblo cae formidable sobre el enemigo.—Combates personales.—Apresamiento de Cortés.—Es libertado por sus guerreros.—Derrota general de las fuerzas españolas.—Demostraciones de regocijo público.

Brilla de Anáhuac en el limpio cielo
 De cóncavo zafiro fabricado,
 La luz que alumbró su fecundo suelo
 De exuberantes flores esmaltado,
 Llegan las aves en garboso vuelo
 Al manguero de frutos recargado,
 Y con su voz, que es fuente de armonía,
 Un himno elevan saludando al día.

CANTO OCTAVO.

Estado que guarda el Anáhuac por la guerra.—Los invasores atacan la gran Tenochtitlan para destruirla.—Táctica que en su defensa emplean los mexicanos.—Ultima proposicion de paz, rechazada por Cuauhtemoc.—Aniversario de la *Noche Triste*.—Asaltan la ciudad los invasores por diferentes puntos.—Logran llegar al canal de Tlatelolco.—El pueblo cae formidable sobre el enemigo.—Combates personales.—Apresamiento de Cortés.—Es libertado por sus guerreros.—Derrota general de las fuerzas españolas.—Demostraciones de regocijo público.

Brilla de Anáhuac en el limpio cielo
 De cóncavo zafiro fabricado,
 La luz que alumbró su fecundo suelo
 De exuberantes flores esmaltado,
 Llegan las aves en garboso vuelo
 Al manguero de frutos recargado,
 Y con su voz, que es fuente de armonía,
 Un himno elevan saludando al día.

Blandas corren las brisas perfumadas,
 En las lomas meciendo los maizales,
 Y rizando las aguas azuladas
 De los múltiples lagos y canales.
 Murmuran al correr precipitadas
 Las linfas de los frescos manantiales,
 Y en los campos do siguen su derrota,
 Dilatado jardín por ellas brota.

Susurran en los bosques de sabinos
 Las hojas por Favonio estremecidas;
 Altivas yerguen los perennes pinos
 Sus cimas por el Bóreas sacudidas.
 Remueven de la selva los espinos
 Las panteras que pasan atrevidas,
 Formando esos rumores la grandeza
 Con que eleva su voz Naturaleza.

El colibrí, posándose en las flores,
 Libando está su esencia deliciosa;
 El zenzontle, cantando sus amores,
 Inquieto acude á la enramada umbrosa.
 Ostentando bellísimos colores
 Revuela la pintada mariposa,
 Perseguida por rauda filomena
 Sobre la faz de la menuda arena.

Avanza el astro rey vivificando
 De Anáhuac el Eden maravilloso,
 Y de alma luz la cúspide bañando
 Del gigante de nieve esplendoroso.³⁷
 Despues, hácia Occidente adelantando,
 Tiñe los horizontes majestuosos
 Con piélagos brillantes de oro y gualda
 Que envuelven á las selvas de esmeralda.

Guardando la region del Mediodía
 Se alzan de Ajusco los soberbios montes,
 Cuya elevada y virgen serranía
 Interrumpe los vastos horizontes.
 Vagando en numerosa compañía
 Recorren los venados y bisontes
 Esos sitios agrestes, cuya altura
 El hombre á escudriñar no se aventura.

Al Septentrion elévanse, desnudos
 De la vegetacion que en torno impera,
 Cual valla natural, cerros agudos
 Que forman del Anáhuac la frontera.
 Más cerca el Tepeyac los golpes rudos
 Pára del Bóreas, que con ansia fiera
 Lleva incesantemente sus estragos
 A la reina encantada de los lagos.

En su grandeza irguiéndose atrevido,
Fin marcando á las lomas del Poniente,
Chapultepec, de las delicias nido,
Aparece soberbio é imponente.
Allí su parque está de gris vestido,
Allí brota la límpida corriente
Del agua saludable que mitiga
La ardiente sed de la ciudad amiga.

¡Cuán grande es del Anáhuac la hermosa!
¡Con qué fecundidad Naturaleza
Vistió sus campos de eternal verdura
Y dió á sus lindas flores la pureza!
Es el Anáhuac virginal criatura
Que plugo al Hacedor, en su grandeza,
Formar con luz y pájaros y flores
Para que fuera Eden de los amores.

Pero ¡ay! ese encantado paraíso,
Venero de sublime poesía,
Se estremeció en sus centros de imprevisto
Al horrendo fragor de guerra impía.
Extranjera legión al pueblo quiso
Avasallar con fiera tiranía,
Y al terrible poder de sus cañones,
Arrasó sin piedad las poblaciones.

Con sangre el fértil suelo salpicado,
Perdida tiene ya la exuberancia;
Las flores que la lucha ha marchitado,
Carecen de color y de fragancia.
No cubren ya las mieses el collado
Prometiéndole á los hombres la abundancia;
En toda la extensión del rico suelo
Se ve dolor, y luto y desconsuelo.

Y no es la destruccion de cruda guerra
Lo que á los pueblos mexicanos daña;
Los hijos valerosos de esa tierra
Son héroes que ambicionan la campaña,
Lo que asoló del valle y de la sierra,
Los encantados sitios, fué la extraña
Presencia de los hombres que llegaron
De allende el mar y el territorio hollaron.

Del invasor la planta aborrecida,
No el poder de sus armas estruendosas,
Tornó en mustia la tierra bendecida
Que fué lecho de nardos y de rosas.
No volverán en la estacion florida
A embalsamar las auras misteriosas
Las mosquetas que nacen enlazadas
A los troncos de espesas enramadas.

No volverán acaso los canales
 A recorrer los huertos y jardines,
 Que abarcando los líquidos cristales,
 Llegan de la laguna á los confines.
 Confundirse entre zarzas y breñales
 Los hicieron los fieros bergantines,
 Que de sus armas al terrible estrago
 Asolaran también el terso lago.

No volverán quizás á los fulgores
 Que derraman la luna y las estrellas,
 A prometer la fe de sus amores
 Temblando ruborosas las doncellas.
 No volverán ni siervos ni señores
 A acariciar las esperanzas bellas,
 De hacer que sientan el primer latido
 Sus corazones que de amor son nido.

No volverán..... Pero ¿se debe acaso
 Abandonar del triunfo la esperanza?
 ¿El pueblo se halla, en su desdicha, escaso
 De nobles pechos llenos de pujanza?
 ¿No se alza en la ciudad de Oriente á Ocaso
 Con altivez el grito de venganza?
 ¿No es **Cuauhtemoc** el ínclito caudillo
 Que da á la patria esplendoroso brillo?

Mueve á los mexicanos escuadrones
 Que alcanzaron el triunfo, sacro aliento,
 Y en los arrebatados corazones
 Recrece más y más el ardimiento.
 Provocan del contrario á las legiones
 Para darles en lid nuevo escarmiento:
 Así la gran Tenochtitlan altiva
 Aguarda la batalla decisiva.

El invasor está posesionado
 De los puntos que audaz arrebatara
 A los pueblos del Valle, cuando airado
 Con sus fuertes legiones los talara.
 Cerca de *Petlacalco*³⁸ está Alvarado
 Con su tropa asesina, que con rara
 Celeridad los fosos fué cubriendo
 Al ir muros y casas destruyendo.

Al pié del alto Tepeyac se halla
 Gonzalo Sandoval con sus guerreros,
 Para ir á Tlatelolco en la batalla
 Que pronto librarán los extranjeros.
 Circunda á la ciudad terrible valla
 Formada de mortíferos aceros,
 Y guardan de los lagos los confines
 Los soberbios y fuertes bergantines.

Considera Cortés que es vano intento
 Pretender arrojar de sus hogares
 A un pueblo que con fe y con ardimiento
 Defiende en recia lid sus patrios lares.
 Y preciso es con audaz atrevimiento
 Las casas arrasar y los altares,
 Para atacar despues al enemigo
 Sin que lo cubra salvador abrigo.

Verificando asaltos diferentes
 Asedian la ciudad los invasores,
 Que á medida que avanzan impacientes,
 Tórnanse más en genios destructores.
 Los corazones nobles y valientes
 De los de Anáhuac fieles defensores,
 Laten en riesgo tal con más denuedo
 Sin doblgarse ni al terror ni al miedo.

Desbaratando en su terrible empuje
 Todo lo que halla la legion impía,
 La tierra misma estremecida cruje
 Al trueno de la ronca artillería.
 Embravecido el pueblo, fiero ruje
 Y oponiendo á la osada tiranía
 El seguro baluarte de sus pechos,
 Defiende de la patria los derechos.

No cesa Cuauhtemoc en la fatiga
 Que la sagrada obligacion le impone;
 Su noble pecho la esperanza abriga,
 Y en triunfar en la lid su celo pone.
 Sin tregua hostilizando á la enemiga
 Tropa, tenerla á raya se propone,
 Para que falta de vigor y aliento
 No lleve á más su criminal intento.

En las nocturnas sombras, los soldados
 Del caudillo de Anáhuac valeroso,
 Ófenden incansables y esforzados
 A los guerreros del contrario odioso.
 Los de Cortés resisten denodados
 El amago incesante y poderoso
 De la arrojada multitud que ansia
 Domar del adversario la porfia.

Construyen invisibles estacadas
 En el fondo del lago, y atrayendo
 A las naves, por tropas tripuladas,
 Las atacan con ímpetu tremendo.
 Las fuerzas españolas, acosadas,
 Sin poder maniobrar, van pereciendo,
 Quedando, por lo rudo del embate,
 Dos bergantines fuera de combate.

El dios Huitzilopochtli es trasladado
 De Tlatelolco al templo majestuoso,
 Y queda su recinto custodiado
 Por escuadron altivo y numeroso.
 Desde ese punto Cuanhtemoc osado
 La defensa dirige valeroso,
 Que es Tlatelolco el último baluarte
 Que abriga de la patria al estandarte.

Nuevos asaltos atrevido intenta
 Cortés con su legion infatigable,
 Que al proseguir su marcha turbulenta
 Arrasa la ciudad inexorable.
 Un monton de ruinas representa
 La gran Tenochtitlan, que al formidable
 Choque de los audaces invasores
 En cardos trueca sus preciadas flores.

Por el voraz incendio consumidos
 Los víveres que el Rey guardar hiciera,
 Se ven los defensores reducidos
 A situacion desesperada y fiera.
 A perecer los hombres decididos
 Están en derredor de su bandera,
 Sin que llegue su heróica bizarría
 A ceder al rigor del hambre impía.

Y van los adalides mexicanos,
 Sin tener de las casas el abrigo,
 Con los desnudos pechos soberanos
 A retar en su línea al enemigo.
 En incesante lid los castellanos
 Van pereciendo al vengador castigo
 De las tropas de Anáhuac, que terribles
 En tal lucha parecen invencibles.

El estandarte mexicano ondea
 La arrogancia de su águila ostentando,
 Y el pueblo al contemplarlo victorea,
 De vencer la esperanza alimentando.
 Sostiénese terrible la pelea,
 La ciudad más y más aniquilando;
 Pero de sus ruinas se levanta
 La voz que llama á la defensa santa.

Y de cada fragmento abandonado,
 Que del pueblo pregoña la grandezay
 Dispuesto á combatir surge un soldado
 Lleno de patrio amor y fortaleza.
 Quién, blandiendo la clava denodado,
 Vence del castellano la fiereza;
 Quién, lanzando las flechas, se convierte
 Para el contrario en implacable muerte.

También los españoles atrevidos
 Se arrojan sobre el pueblo valeroso,
 Y por sus armaduras protegidos,
 Sostienen el combate fatigoso.
 No existen vencedores ni vencidos;
 De la victoria el astro esplendoroso
 No brilla aún en el hermoso cielo
 Que de bóveda sirve al rico suelo.

De nuevo Hernan Cortés la paz propone
 Al indomable heróico soberano,
 Que resistencia tan terrible opone
 Al bélico poder del castellano.
 El noble Cuauhtemoc, que es en quien pone
 Su confianza el pueblo mexicano,
 Contesta así con desdenoso acento
 Del enemigo al vil atrevimiento:

“En nuestros bravos corazones arde
 El patriótico amor inextinguible,
 Y no fué vano ni ostentoso alarde
 Aceptar esta lid cruda y terrible.
 Nunca el Anáhuac cederá cobarde
 Su tierra al extranjero aborrecible,
 Que no logra al poder de sus cañones
 Vencer á sus indómitas legiones.

“Vuelve y di á tu señor, que mientras tanto
 Quede un hombre con vida en esta tierra,
 Os mandará la muerte y el espanto
 A la sagrada voz de patria y guerra!
 El entusiasmo varonil y santo
 Que en nuestras almas férvidas se encierra,
 Hará que conquistemos la victoria
 Cubriendo á la nacion de eterna gloria.

“Di á tu señor que los aztecas fieros,
 Antes que indigna paz, quieren la muerte;
 Que acabarán cual cumple á los guerreros
 Si los destina á perecer la suerte.
 Que serán impotentes los Aceros
 Del enemigo numeroso y fuerte,
 Mientras le quede á mi robusta mano
 Un dardo vengador para el tirano.

Así se expresa Cuauhtemoc valiente,
 Que en el pueblo derrama la esperanza,
 Y á su sonora voz se alza potente
 El formidable grito de venganza.
 Aparece más puro y refulgente
 El sol de la victoria en lontananza,
 Para alumbrar con esplendor divino
 Al pueblo de los triunfos el camino.

Trece veces nació la blanca luna
 Del bello Anáhuac en el limpio cielo,
 Desde que dió á sus armas la fortuna
 El triunfo que se canta con anhelo.
 Trece veces brillando una por una
 Alumbró ensangrentado el fértil suelo,
 Porque el furor de la homicida guerra
 Roja mantiene sin cesar la tierra.

Aún la memoria de la Noche Triste
 Conserva fresca el pueblo mexicano;
 Del bravo Cuitlahuác el nombre existe
 Como timbre de gloria soberano.
 El recuerdo fatal tambien asiste
 Al orgulloso jefe castellano,
 Que el decisivo ataque ha prevenido
 En fecha igual á en la que fué vencido.

Todo dispuesto á la invasion se halla:
 Cortés de Xóloc parte con su gente;
 Alvarado comienza la batalla
 En Petlacalco, que ocupó valiente.
 Dispara Sandoval recia metralla,
 Del Tepeyac marchando diligente;
 Y á la sazón las naves en el lago
 Llevan tambien su poderoso amago.

De Cuauhtemoe los bravos campeones
 Preparan con valor la resistencia;
 De arrogantes flecheros las secciones
 Cubren de los teocallis la eminencia,
 Sin temor al poder de los cañones,
 Y vencer anhelando en su impaciencia,
 Alzan de guerra el grito formidable
 Que es anuncio de muerte inexorable.

Al asalto dirigense atrevidas
 Del español las huestes animosas,
 Y las varias columnas decididas
 A la ciudad avanzan silenciosas.
 Van en su lenta marcha precedidas
 Por chusmas de traidores numerosas,
 Gente que para entrar en la batalla
 Resguarda al invasor como murallas.

Llega Cortés, que su legion preside,
 Al templo principal, ya abandonado;
 La retaguardia cubre, y subdivide
 En tres grupos su ejército esforzado.
 Ningun peligro adelantar le impide
 Hasta el canal del Norte, y apoyado
 En la mortal y ruda artillería,
 Al pueblo mexicano desafía.

Sostiene con denuedo la batalla
 El pueblo entusiasmado y valeroso,
 Pero el fiero poder de la metralla
 Logra arrancarle el defendido foso.
 Libre por fin de la enemiga valla
 Adelanta Cortés, y presuroso
 Incendia y tala y sin piedad destruye
 Cuanto su marcha en la ciudad obstruye.

Arrollando á las huestes mexicanas
 Que sin cesar encuentra en su camino,
 Va Cortés con las tropas castellanas
 Avanzando cual raudo torbellino.
 ¿Qué son en esa lucha las macanas
 Contra el fuego terrible y asesino
 De las armas que hicieron superiores
 En la lid á los fieros invasores?

El gran canal de Tlatelolco alcanza,
 Y á cruzarlo dispónese valiente,
 Cuando el grito de guerra y de venganza
 Los espacios inunda omnipotente.
 Como señal terrible de matanza
 El teohuéhuatl resuena de repente,
 Mezclándose del pueblo el alarido
 A su tonante asolador sonido.

El caracol de Cuauhtemoc resuena
 La region de los vientos asordando,
 Y el bélico clamor de aliento llena
 Al pueblo, que es sublime batallando.
 El soberano, con la faz serena,
 Aunque de odio su pecho rebozando,
 Formá con sus guerreros fuerte valla
 Para librar valiente la batalla.

Bello aparece el adalid osado
 Con la régia corona en la cabeza;
 En sus hombros el manto colocado
 Mostrando su poder y su grandeza.
 Está de ricas plumas adornado,
 Y completan su garbo y gentileza
 El carcax á la espalda bien provisto
 Y en la siniestra mano el arco listó.

Siguiendo las calzadas diferentes
 Que á la ciudad conducen, van marchando
 A Tlatelolco, altivos é insolentes,
 Los que de la invasion forman el bando.
 Sandoval y Alvarado están, valientes,
 Con las bravas legiones de su mando,
 Combatiendo terribles y animosos
 Y con los muros allanando fosos.

Del tehuéhuetl el eco inexorable
 Que á la soberbia tempestad imita,
 Llenando los espacios implacable
 Al pueblo lidiador de nuevo irrita.
 Cual suele la avalancha formidable
 Que de abrupto peñon se precipita
 Ensancharse al rodar, de igual manera
 Crece el pueblo en su rápida carrera.

Y así como destruye lo que toca
 La avalancha que sigue hasta el abismo,
 Así el pueblo, con ansia fiera y loca,
 Quebranta á la legion del despotismo.
 La mexicana grey, á quien provoca
 Para lidiar la voz del patriotismo,
 A la batalla desigual se lanza
 En pos, más que de gloria, de venganza.

Siembra el pavor el tétrico instrumento
 En las audaces filas extranjeras,
 Que perdiendo el valor y atrevimiento,
 Del sitio del combate huyen ligeras.
 En vano Hernan Cortés el ardimiento
 Pretende que renazca en las guerreras
 Legiones con el toque belicoso
 Del clarin que resuena poderoso.

Confusa, atropellándose la gente
 Para salvarse del peligro horrendo,
 Junta se precipita sobre el puente,
 Que al peso cede con terrible estruendo.
 Entónces ¡ay! los hombres raudamente
 En el canal revueltos van cayendo,
 Y por sus propias armas amagados
 Perecen entre angustias los soldados.

Acuden sin cesar los defensores
 A la batalla en masa confundidos,
 Y con gritos de guerra atronadores
 Retan á sus contrarios sorprendidos.
 Cercados por doquier los invasores
 Tendrán que sucumbir, y decididos
 Los jefes á entregar cara su vida,
 Se aprestan á la lucha tan temida.

Gonzalo Sandoval lidia esforzado
 Contra diez enemigos altaneros,
 Y con su férreo escudo resguardado
 Pára los golpes rudos y certeros.
 Su escuadron, en tal riesgo, apresurado
 A socorrerlo acude, y los aceros
 Blandiendo á la sazón con osadía
 La batalla renuevan á porfía.

Al frente de la tropa mexicana
 Que al atrevido Sandoval acosa,
 Un azteca de fuerza sobrehumana
 Dirige la refriega valerosa.
 Su diestra mano esgrime la macana,
 Que al dar en el acero poderosa,
 Rompe la vestidura del contrario
 Que resiste su golpe temerario.

Deshecha por los golpes la celada
 Del yelmo que á Gonzalo defendiera,
 Aparece su faz ensangrentada,
 Aunque llena de arrojó y altanera.
 Al formidable impulso de su espada,
 Que como el rayo da muerte ligera,
 Sin cesar van cayendo los soldados
 Que á tal jefe agredieron esforzados.

Alvarado tambien en la pelea,
 Afrontando el peligro, se defiende
 Con valor; atrevido forcejea
 Con un contrario atleta que le ofende.
 En su mirada la ira centellea
 Cuando animoso en su redor la tiende,
 Y oponiendo á los riesgos su energia,
 Vencer al fin su corazon confia.

El bravo atleta, Tzilacátl se llama:
 Es su veste la piel de una pantera;
 El rencor de sus ojos se derrama
 Al ver del enemigo la bandera.
 Al distinguir al español, exclama
 Con ronca voz á la que el odio altera:
 "¡Tonatiuh! ¡Tonatiuh!" y osadamente
 Del feroz Alvarado llega al frente.

Blande el Hijo del Sol la férrea espada
 Y altivo espera al enemigo fuerte,
 Que con la tosca mano desarmada
 Puede dar á Alvarado pronta muerte.
 Como la tigre, viéndose acosada,
 Se arroja á su enemigo, de igual suerte
 El valeroso Alcides mexicano
 Con rapidez se arroja al castellano.

Entáblase una lucha valerosa
 Entre los dos soberbios campeones:
 El español, con fuerza prodigiosa
 Rechaza sin cesar las agresiones.
 En esa lid terrible y espantosa,
 Que semeja un combate de leones,
 El hierro cruje haciéndose pedazos
 Sólo al poder de los hercúleos brazos.

La tenaz agresion no desconcierta
 Ni debilita al español valiente,
 Que á dominar á su enemigo acierta
 Asiéndolo con mano prepotente.
 Más fiera en Tzilacátl la ansia despierta
 De vencer á Alvarado, y de repente,
 Prorumpiendo en horrísono alarido,
 La libertad recobra decidido.

Aprovecha Alvarado el breve instante
 De tregua que lograra, y con presura
 Marcha con el acero hácia el gigante,
 Que nueva lucha comenzar procura.
 El castellano, altivo y arrogante,
 Provoca del azteca la bravura,
 Y éste levanta el brazo poderoso
 Obediente á su instinto rencoroso.

De nuevo Tzilacátl se precipita
 Sobre el aborrecido caballero,
 Pero éste el golpe formidable evita
 Y hiere al mexicano con su acero.
 Entónces Alvarado, á quien excita
 A combatir el ansia de guerrero,
 En busca va de su dispersa gente
 Y en la espantosa lid entra valiente.

En las cercanas calles los soldados
 Sostienen con ardór recia batalla;
 Pero por todas partes acosados
 Salvar no pueden la invencible valla.
 A su jefe distinguen, y agitados
 Cobran nuevo valor miéntras estalla
 En sus valientes pechos la vehemencia,
 Del feroz Alvarado á la presencia.

Con la espada mandobles repartiendo
 Para romper la valla irresistible,
 El español, la multitud hendiendo,
 A los suyos acércase terrible.
 Despues, á sus soldados dirigiendo
 Con su ejemplo, que raya en lo imposible,
 Intenta ejecutar la retirada,
 De Petlalcalco entrando á la calzada.

De Cuauhtemoc el caracol guerrero
 Resuena sin cesar; el soberano
 Recorriendo los puntos va ligero
 Para animar al pueblo mexicano.
 Tambien en el combate carnicero
 La muerte manda su certera mano,
 Al arrojar la flecha poderosa
 Para ofender á la invasion odiosa.

Y por doquiera el pueblo entusiasmado
 Combate al enemigo con porfía;
 No deja de luchar ningun soldado
 Con temerario arrojo y osadía.
 Los inocentes niños, al sagrado
 Ejemplo de tan alta bizarría,
 De guijarros proveen á los honderos
 Y las flechas les dan á los arqueros.

Las mujeres tambien desde la altura
 Ayudan de la patria á la defensa,
 Mandando al invasor muerte segura
 Con su incesante, varonil ofensa.
 Por todas partes sin igual bravura
 Agita al pueblo en la ciudad extensa,
 Y en todo sér entusiasmado late
 Un corazon sediento de combate.

Cortés en la inaccion no permanece
 Mientras dura batalla tan sangrienta;
 El teohuétuel escucha, y se estremece
 Al ronco són que aturde y amedrenta.
 En el riesgo su mente resplandece,
 Y á la brillante luz se le presenta
 El sitio más temible y peligroso,
 Y acude á él valiente y presuroso.

El inminente riesgo comprendiendo
 Cortés, á su caballo aguijonea,
 Y reveses y tajos repartiendo,
 Entra con fiero ardor en la pelea.
 El pueblo, á Hernan Cortés reconociendo,
 Con febril regocijo clamoorea,
 Y expresando en sus gritos la venganza,
 Al jefe aborrecido se abalanza.

Con vigoroso puño un mexicano
 Arrebata la brida al caballero,
 Mientras descarga su siniestra mano
 Un golpe en la coraza del guerrero.
 Lánzase á tierra el fiero castellano,
 Que listo tiene el matador acero,
 Y con pujante y animoso brío
 Él solo ataca al lidiador gentío.

Conmovedora y admirable escena
 Ejecuta el intrépido soldado:
 Tranquilo el corazon, la faz serena,
 Se defiende valiente y esforzado.
 "El Malinche!" "El Malinche!" tal resuena
 La voz del pueblo que combate airado,
 Y hallándose en la lucha unido y fuerte,
 Prorumpen en gritos de implacable muerte.

Pero el peligro al capitan no aterra,
 Como á la encina el aquilon no abate,
 Y de cada mandoble arroja en tierra
 A un enemigo fuera de combate.
 Se abre de pronto el cerco que lo encierra,
 Y con violento aterrador embate
 Seis mexicanos llegan al guerrero
 Y le acometen con impulso fiero.

Del español no cede la bravura
 Al verse acometido de esa suerte;
 Esquivar la agresion listo procura,
 Y á dos de sus contrarios da la muerte.
 Con rapidez entónces asegura
 Su diestra armada, destructora y fuerte,
 Otro de los valientes mexicanos
 Que le doma al impulso de sus manos.

A su ejemplo los otros se abalanzan
 Al caudillo español, y con presteza
 En sus robustos brazos le afianzan
 Quebrantando su osada fortaleza.
 Cuando vencido á contemplarlo alcanzan,
 A trasladarlo van con ligereza
 Del dios Huitzilopochtli al edificio,
 Para entregarlo al cruento sacrificio.

Y todos en tropel, entusiasmados
 Se dirigen en rápida carrera
 Al templo, y con sus gritos esforzados
 Expresan el placer que les altera.
 En tal sazón, acuden los soldados
 De la hueste enemiga y extranjera,
 Para salvar al jefe valeroso
 De ese peligro rudo y espantoso.

Lanza en ristre un ginete se adelanta
 Por entre el pueblo que camina unido,
 Y veloz atraviesa la garganta
 De quien al capitan conserva asido.
 Al mismo tiempo otro español levanta
 Con firmeza el acero tan temido,
 Y corta con un tajo las dos manos
 De otro de los robustos mexicanos.

Libre Cortés de aquel irresistible
 Poder que le retuvo prisionero,
 A nueva lid preparase terrible
 Empuñando su diestra el fuerte acero.
 Sus hombres, con presteza indescriptible,
 Salvarlo intentan del peligro fiero,
 Y cuando en breve á protegerlo alcanzan,
 Con él á Xóloc rápidos se lanzan.

El mexicano pueblo entusiasmado
 Al caudillo de Anáhuac enaltece;
 En andas Cuauhtemoc es colocado
 Y regio culto la ciudad le ofrece.
 Al celebrar el triunfo conquistado
 En los valientes pechos la ira crece,
 Y por doquier la multitud unida
 A los cautivos quítales la vida.

En astas las cabezas colocando
 De los aborrecidos prisioneros,
 Van por calles y plazas paseando
 Los de Tenochtitlan bravos guerreros.
 Algunos, á la línea penetrando
 De Alvarado, prorumpen altaneros:
 "¡Malinche!" "¡Sandoval!" y al par que gritan,
 El sangriento despojo en alto agitan.

Y se acercan tambien á los cuarteles
 De Hernan Cortés, y con tenaz porfia
 Las cabezas mostrando, alzan crueles
 Multiplicados gritos de alegría.
 De los jefes llevando los corceles
 Que arrebató del pueblo la osadía,
 Para aterrorizar á los soldados,
 "¡Tonatiuh!" "¡Sandoval!" claman airados.

El regocijo público se aumenta
 Alzándose los cantos de victoria
 En toda la ciudad, que altiva ostenta
 Su heroicidad legítima y notoria.
 La nacion, orgullosa representa
 A Cuauhtemoc cual genio de la gloria,
 Que en Anáhuac adquiere por su brillo
 El renombre de indómito caudillo.

FIN DEL CANTO OCTAVO.